

Caracas, se indignaba contra la incredulidad que, acerca de la hazaña de Ricaurte, y sin referirse para nada al *Diario* de Lacroix, mostraban, en su presencia, oficiales distinguidos, compañeros del granadino, que afirmaban, sin rebozo, que su camarada «había muerto de un balazo y que ellos lo habían cargado para enterrarlo»; y ese testimonio procede del nieto del general Soublotte, don Manuel Hernáiz, de Caracas, en carta a don Julio Portocarrero, nieto del general O'Leary, de Bogotá. Y lo que afirmaban esos oficiales, sin miedo, al general Soublotte es lo mismo que muchos años más tarde, y sin referirse tampoco al *Diario* de Lacroix, dejó escrito el general granadino Tomás Gutiérrez, también compañero de Ricaurte, en su *Autobiografía*, publicada oficialmente por la Academia de Historia de Colombia, esto es, que él, «con otros oficiales patriotas, recogieron el cuerpo de Ricaurte y lo sepultaron» (1).

Tampoco observa el señor Orjuela que el mismo parte de la batalla de San Mateo, escrito por Muñoz Tébar, fué puesto en tela de juicio en Venezuela, desde aquellos días heroicos, y más tarde, en 1880, calificado de anónimo por un escritor venezolano que para nada citó el *Diario* de Lacroix, y que, seguramente, no lo leyó nunca. Tampoco se refirió al *Diario* de Lacroix el señor Obispo Celedón al refutar al escritor antes citado. Menos para mientes el señor Orjuela en que el señor Mutis Durán, apologista de Ricaurte, no tuvo frases amargas sino para el boletín de Muñoz Tébar, que él encontraba injusto con el héroe, deficiente y casi incomprendible, justamente los mismos pechos que hoy le pone otro apologista de Ricaurte, que no es otro que el mismo señor Orjuela.

Y aquí conviene observar que el autor, tan acremente censurado, de ese parte de San Mateo, fué aquel Antonio Muñoz Tébar,

*joven hermoso y triste como Antino;*

«esa abeja del Helicón caída en el cáliz de ajenjo de los partidos»; «un alma que habitó siempre puras y elevadas regiones», según la cálida prosa de Juan Vicente González, y «un mozo lleno de gracia, de talento y de instrucción, incansable en el bufete, impá-

(1) Fué el señor Ildelfonso Díaz del Castillo, pastuso como el general Gutiérrez, y académico de la Historia, quien, hace unos diez años, más o menos, presentó a ese Instituto, en sesión pública, los manuscritos originales de la *Autobiografía* de su contreráneo, que le habían sido confiados por la familia del general. La Academia resolvió, probablemente sin leerlos, que se publicaran en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, pero he aquí que, al corregir las pruebas, el Secretario de la Academia, señor Ibáñez, leyó, con sorpresa, la citada declaración de Gutiérrez relativa a Ricaurte, y, en el acto, para no escandalizar, la suprimió en las pruebas. Por una casualidad que tan frecuentes son en estos casos el señor Restrepo Tirado, también de la Academia, vió las pruebas, ya devueltas, con las correcciones, a la Imprenta Nacional, y al observar la mutilación hecha por Ibáñez, restableció la verdad en el texto de la *Autobiografía*. Lo que refiero lo tengo de viva voz y de los labios del señor Restrepo Tirado. Así, con ese criterio de no escandalizar, se ha escrito, patrióticamente, buena parte de la historia nacional.

vido en las batallas, el hombre más querido del pueblo, del ejército y de Bolívar», según el ilustre Baralt. Recordemos también, en honor de tan bella memoria, que menos de tres meses después de redactar el boletín de San Mateo, ese predestinado adolescente, lector asiduo de Plutarco, y amante de la clásica antigüedad, cayó, con la Patria recién nacida, en la sangrienta pampa de *La Puerta*, con toda la dignidad y decoro de los atletas griegos!

Si en atención a que más que nadie he estudiado este punto histórico, se quiere saber mi parecer sobre el verdadero responsable del desdoro de la gloria de Ricaurte, voy a darlo con toda la buena fe de un escritor que sobre todas las cosas ha amado siempre la independencia de su pluma. Ese sindicado no fué el infeliz oficial francés, que recogió de los labios de Bolívar, en un día de mal humor del héroe (momentos en que los hombres son más francos), las duras palabras contra los militares granadinos, que más tarde el mismo Bolívar había de escribir, con su propia mano, y con más amargura aún, en carta dirigida a un célebre general granadino, siendo inexplicable que el señor Orjuela, que rotundamente niega que esas frases del *Diario* salieran de la boca de Bolívar, haya callado ante esa carta al general Herrán, que está trascrita en mi libro *Colombia en la guerra de Independencia*, tan manoseado por el señor Orjuela.

Es del doctor Aristides Rojas, erudito y ameno escritor venezolano, el único historiador de ese país que tiene un monumento

## Omisión

En el artículo de Cornelio Hispano, *Las camisas de Bolívar*, publicado en el N<sup>o</sup> 23 del Tomo 6 del «Repertorio Americano», pág. 347, columna 2, después del renglón 8, se omitió el párrafo que dice:

Refiere don José María Espinosa, llamado el abanderado de Nariño, en sus *Memorias*, publicadas en Bogotá en 1876, al hablar de la entrada del Libertador a la capital, después del triunfo de Boyacá, que habiendo salido él con Maza al encuentro de los vencedores:

«Apenas habíamos andado dos leguas, cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de su magnífico caballo cervuno...

«Maza reconoció a Bolívar que había dejado en el Puente del Común su escolta y edecanes y se había adelantado solo para entrar a Bogotá...

«Vestía un uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos. Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa... Un sujeto salió a la Calle Real en solicitud de una docena de camisas, fiadas, para llevarlas a Bolívar...

público en Caracas, justamente en el patio de la Academia de Historia, es del doctor Rojas de quien directamente proceden las dudas que desde hace cincuenta años hizo nacer, allende el Táchira, la proeza de Ricaurte. Fué él quien, dedicado, durante su larga y meritoria vida, a escudriñar los orígenes de la nación venezolana, tuvo la extravagante curiosidad de ir a las fuentes mismas de la historia, esto es, a los documentos auténticos. Rojas, admirador apasionado de los héroes que consumaron la independencia, no se contentó con las relaciones de los historiadores y cronistas que lo habían precedido; no quiso escribir de segunda o tercera mano, sino a conciencia y sobre los archivos empolvados y casi intactos entonces de miradas inteligentemente investigadoras. Rojas, asombrado ante la hazaña de Ricaurte, no se resignó a repetir lo que sucesivamente habían transmitido, copiándose unos a otros, los historiadores de Venezuela: José Félix Blanco, O'Leary, Montenegro Colón, Baralt, Azpurúa, Austria, Larrazábal; se empeñó en buscar el parte de la batalla; lo halló en la *Gaceta de Caracas* de 1814, y lo publicó en la *Opinión Nacional* de la misma ciudad, en 1878; pero, hombre temerario en extremo, no se satisfizo tampoco con el boletín impreso en el periódico oficial de aquellos lejanos tiempos, quiso profundizar más hasta ver con sus ojos y tocar con sus manos el documento original, de puño y letra de Muñoz Tébar, y, como el que busca la verdad siempre tiene la tristeza de encontrarla, dicen que el doctor Rojas encontró el precioso documento, pero que, menos discreto que el aldeano de Oscar Wilde, que al fin, un día vió, real y verdaderamente a las Sirenas, bañándose a la orilla del mar, no guardó el silencio del rústico, sino que se dedicó a denigrar a las Sirenas, bien que las tachas que les puso fueron siempre imprecisas, y nunca (tal fué la emoción de su hallazgo) quiso decir lo que había visto.

Uno de los historiadores de más talento que tuve el gusto de tratar en Caracas, a quien le pregunté una vez si él, tan erudito y tan independiente en su criterio histórico, sabía en qué razones se había fundado el doctor Rojas para denigrar a las sirenas, me contestó de Barquisimeto, el 15 de abril de 1914, en estos términos reservados, que son siempre los que usan los letrados venezolanos cuando escriben sobre este asunto, pero no cuando hablan. Ahora escribe el doctor Lisandro Alvarado:

«Ya desde la época en que viví como estudiante en Caracas (1878-1884) oí hablar del sacrificio de Ricaurte. Fué justamente cuando Rojas comenzó la obra demoledora acerca de Ricaurte, Girardot, Drake, Oviedo Baños, etc. Después he hablado con distintas personas (de la clase de los inmortales, algunas de ellas), y opinan como Rojas en lo de considerar la explosión de San Mateo como obra de la casualidad; pero yo no he podido ver esos documentos que se dice existen, para comprobar tal aseveración, y si es cierto que existen debe ser en el archivo de